

Elogio de la amistad

Antonio Cacia Prada

Historiador, ensayista, educador y periodista

“Purifica mi corazón y mis labios, oh Dios Todopoderoso”, para exaltar en este recinto sagrado a quien fuera tu siervo y para nosotros invaluable e inmejorable amigo. Porque eso fué a lo largo de su vida Jorge Enrique Molina Mariño.

Me parece verlo llegar a esta cita, con su pausado andar, su indescifrable sonrisa y su mirada inquisidora y penetrante. Así fué desde su primera juventud, cuando llegó de los verdes campos de la libertad a quedarse para siempre en Santafé de Bogotá. Nos conocimos en 1951. Estudiaba Ciencias Jurídicas bajo la rectoría del admirado maestro doctor Ricardo Hinestrosa Daza. Aún teníamos enredado el corazón en nuestras raíces nativas. Nuestra sinceridad pueblerina nos unió hasta llegar a una comunión de acendrado patriotismo. Así nació nuestra amistad, la misma que el poeta inglés Edward Young llamó: “el vino de la vida”.

Por eso en esta noche decembrina nos hemos congregado alrededor de su recuerdo para dialogar con él, en el silencio de la oración, sus contertulios de la Universidad Central de Bogotá, de la Academia Colombiana de Historia, de la Academia Colombiana de la Lengua, del Instituto Universitario de Historia de Colombia, del Instituto Caro y Cuervo, del Instituto Sanmartiniano, de la Sociedad Bolivariana, del Instituto Bernardo O’Higgins, de la Sociedad Nariñista, de la Sociedad Santanderista, entidades a las cuales perteneció, ilustró, honró y sirvió.

Jorge Enrique bien pudo decir como Bolívar: “Yo poseo el sentimiento de la amistad y de la gratitud”; “La amistad es mi pasión”; “La amistad es preferible a la gloria”; “La amistad es más fuerte que la fortuna”; “La amistad que siento por usted es más pura que la luz del sol”; “La amistad tiene en mi corazón un templo”; “El título de amigo vale por un himno”.

Así como nuestro Libertador puede aseverarle: “El que lo abandona todo por ser útil a su país, no pierde nada, y gana cuanto le consagra”.

“Dar, recibir, contar los secretos, preguntar, libar y convidar a comer, son seis señales de amistad”, dice un autor anónimo.

Como lo anotó el poeta italiano Arturo Graf, “el que tiene un amigo verdadero puede decir que posee dos almas”, y Jorge Enrique llegó más allá porque supo conservar a todos sus amigos.

De las múltiples cualidades de Jorge Enrique Molina Mariño, que con el paso de los días aún más reconocemos, he querido resaltar su culto a la amistad, que lo coloca por encima de todo cuanto fué y realizó como padre amantísimo, rector insuperable, mecenas de la cultura y del deporte, amante del arte y de la música, líder cívico y político, embajador de la universidad colombiana, senador de la república, académico a cabalidad y patriota integral.

Qué bien lo definió el insigne y americanista Germán Arciniegas en su sentido escrito del diario “El Tiempo”: “Jorge Enrique Molina se hacía sentir en la vida universitaria de toda nuestra América con la frescura de un maestro internacionalmente querido y respetado. Yo seguía las creaciones de Molina sin pensar nunca que iba a adelantárseme en el paso final. Se ha ido un compañero, pero ha dejado sembrada una obra que tiene por herederos a miles de estudiantes que no van a dejar morir sus enseñanzas”.

“En el principio existía ya el verbo, y el verbo era Dios. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres”. Por eso Jorge Enrique regresó a él después de haber dado testimonio de la luz.

Para decirle “hasta pronto” a nuestro querido amigo Jorge Enrique Molina Mariño, voy a recordarle “un pensamiento en tres estrofas”, del bardo payanés Antonio Muñoz Feijoo, que tanto le gustaba:

“No son los muertos los que en dulce calma
la paz disfrutan de la tumba fría;
muertos son los que tienen muerta el alma
y viven todavía!